

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA PASTORAL LITÚRGICA

SUBSIDIO PARA ORAR EN FAMILIA
EL DOMINGO DE PASCUA
DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR



DURANTE LA EMERGENCIA SANITARIA



SOLEMNE VIGILIA EN LA NOCHE SANTA

Subsidio para orar en familia

La celebración en familia puede ser guiada por el papá o la mamá, o el miembro que haga cabeza en la familia.

Este momento de oración se realiza cuando ya ha caído la noche del sábado 11 de abril.

Será conveniente que donde se reúnan para orar sea delante de una cruz o crucifijo, preferentemente con una vela a cada lado de ella.

Para iniciar, las luces del lugar donde se reunieron estarán apagadas. Se tiene un pabilo o una pequeña vela encendida. Es conveniente que todos los demás cuenten con sus propias velas.

Todos se colocan alrededor del cirio pascual de la familia.

El que guía, dice a los presentes:

Guía: Queridos hermanos: En esta noche santa, en que nuestro Señor Jesucristo pasó de la muerte a la vida, la Iglesia nos invita a todos sus hijos a que nos reúnamos para velar en oración. Así, pues, en oración, celebremos la Pascua del Señor, lo haremos escuchando su Palabra y renovando nuestras promesas bautismales, mientras esperamos poder participar también en su triunfo sobre la muerte y de vivir con él para siempre en Dios.

Se enciende el cirio pascual;

El que guía dice en tono solemne:

Guía: Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu.

Si los demás tienen velas, las encienden del cirio pascual.

Entonces, se encienden las luces del lugar donde se encuentran reunidos.

A continuación, uno de los presentes da el solemne anuncio de Pascua:

Alégrense, por fin, los coros de los ángeles,
alégrense las jerarquías del cielo
y, por la victoria de rey tan poderoso
que las trompetas anuncien la salvación.

Goce también la tierra, inundada de tanta claridad,
y que, radiante con el fulgor del rey eterno,
se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero.

Alégrese también nuestra madre la Iglesia
revestida de luz tan brillante;
resuene este recinto con las aclamaciones del pueblo.

En es justo y necesario
aclamar con nuestras voces
y con todo el afecto del corazón,
a Dios invisible, el Padre todopoderoso,
y a su Hijo único, nuestro Señor Jesucristo.

Porque él ha pagado por nosotros
al eterno Padre la deuda de Adán,
y ha borrado con su sangre inmaculada la condena del antiguo pecado.

Porque éstas son las fiestas de Pascua,
en las que se inmola el verdadero Cordero,
cuya sangre consagra las puertas de los fieles.

Ésta es la noche en que sacaste de Egipto
a los israelitas, nuestros padres,
y los hiciste pasar a pie, sin mojarse, el Mar Rojo.

Ésta es la noche en que la columna de fuego
esclareció las tinieblas del pecado.

Ésta es la noche que a todos los que creen en Cristo,
por toda la tierra,
los arranca de los vicios del mundo
y de la oscuridad del pecado,
los restituye a la gracia y los agrega a los santos.

Ésta es la noche en que,
rotas las cadenas de la muerte,
Cristo asciende victorioso del abismo.

¿De qué nos serviría haber nacido
si no hubiéramos sido rescatados?
¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros!
¡Qué incomparable ternura y caridad!
¡Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo!

Necesario fue el pecado de Adán,
que ha sido borrado por la muerte de Cristo.
¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!
¡Qué noche tan dichosa!
Sólo ella conoció el momento
en que Cristo resucitó del abismo.

Ésta es la noche de la que estaba escrito:
“Será la noche clara como el día,
la noche iluminada por mi gozo”.

Y así, esta noche santa ahuyenta los pecados,
lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos,
la alegría a los tristes, expulsa el odio,
trae la concordia, doblega a los poderosos.

En esta noche de gracia, acepta, Padre santo,
el sacrificio vespertino de alabanza,
que la santa Iglesia te ofrece
en la solemne ofrenda de este cirio,
obra de las abejas.

Sabemos ya lo que anuncia esta columna de fuego,
que arde en llama viva para la gloria de Dios.
Y aunque distribuye su luz, no mengua al repartirla,
porque se alimenta de cera fundida
que elaboró la abeja fecunda
para hacer esta lámpara preciosa.

¡Qué noche tan dichosa,
en que se une el cielo con la tierra,
lo humano con lo divino!

Te rogamos, Señor,
que este cirio consagrado a tu nombre
para destruir la oscuridad de esta noche
arda sin apagarse y, aceptado como perfume,
se asocie a las lumbreras del cielo.

Que el lucero matinal lo encuentre ardiendo,
ese lucero que no conoce ocaso,
Jesucristo, tu Hijo,
que volviendo del abismo,
brilla sereno para el linaje humano
y vive y reina por los siglos de los siglos.
Amén.

El que guía exhorta a los presentes, diciendo:

Guía: Queridos hermanos, hemos dado inicio a esta Vigilia de oración por la Resurrección del Señor. Escuchemos atentamente a Dios que nos habla en su Palabra. Meditaremos cómo, ya desde antiguo, Dios salvó a su pueblo y, en la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo para que nos redimiera. Oraremos pidiendo a Dios que lleve a su plenitud en nosotros la obra de la redención realizada por el Misterio pascual de su Hijo.

Todos toman asiento y, si las tenían, apagan sus velas.

Uno de los presentes lee:

Del libro del Éxodo

14, 15 – 16, 1

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés: “¿Por qué sigues clamando a mí? Diles a los israelitas que se pongan en marcha. Y tú, alza tu bastón, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los israelitas entren en el mar sin mojarse. Yo voy a endurecer el corazón de los egipcios para que los persigan, y me cubriré de gloria a expensas del faraón y de todo su ejército, de sus carros y jinetes. Cuando me haya cubierto de gloria a expensas del faraón, de sus carros y jinetes, los egipcios sabrán que yo soy el Señor”.

El ángel del Señor, que iba al frente de las huestes de Israel, se colocó tras ellas. Y la columna de nubes que iba adelante, también se desplazó y se puso a sus espaldas, entre el campamento de los israelitas y el campamento de los egipcios. La nube era tinieblas para unos y claridad para otros, y así los ejércitos no trabaron contacto durante toda la noche.

Moisés extendió la mano sobre el mar, y el Señor hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del este, que secó el mar, y dividió las aguas. Los israelitas entraron en el mar y no se mojaban, mientras las aguas formaban una muralla a su derecha y a su izquierda. Los egipcios se lanzaron en su persecución y toda la caballería del faraón, sus carros y jinetes, entraron tras ellos en el mar.

Hacia el amanecer, el Señor miró desde la columna de fuego y humo al ejército de los egipcios y sembró entre ellos el pánico. Trabó las ruedas de sus carros, de suerte que no avanzaban sino pesadamente. Dijeron entonces los egipcios: "Huyamos de Israel, porque el Señor lucha en su favor contra Egipto".

Entonces el Señor le dijo a Moisés: "Extiende tu mano sobre el mar, para que vuelvan las aguas sobre los egipcios, sus carros y sus jinetes" y extendió Moisés su mano sobre el mar, y al amanecer, las aguas volvieron, de suerte que al huir, los egipcios se encontraron con ellas, ron a sus y el Señor los derribó en medio del mar. Volvieron las aguas y cubrieron los carros, a los jinetes y a todo el ejército del faraón, que se había metido en el mar para perseguir a Israel. Ni uno solo se salvó.

Pero los hijos de Israel caminaban por lo seco en medio del mar. Las aguas les hacían muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó el Señor a Israel de las manos de Egipto. Israel vio a los egipcios, muertos en la orilla del mar. Israel vio la mano fuerte del Señor sobre los egipcios, y el pueblo temió al Señor y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo. Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico al Señor:

Todos juntos comienzan a cantar o recitar:

***Cantemos al Señor,
sublime es su victoria. (bis)***

Un solista canta o recita, mientras todos responden con el coro:

Cantad al Señor, pues se cubrió de gloria,
los carros y caballos arrojó en el mar.

Mi fortaleza y mi canto es el Señor,
Él es mi salvación. **R.**

Él es mi Dios, y yo le alabaré,
es el Dios de mis padres; yo le cantaré.
Él Señor es un guerreros, su nombre es el Señor,
él es nuestra salvación. **R.**

Los carros y jinetes del faraón de Egipto,
la flor de sus guerreros arrojó en el mar;
cayeron hasta el fondo, las olas los cubrieron.
Qué grande es el Señor! **R.**

Tu diestra Señor, relumbra por su fuerza.
Tu diestra, Señor, derrota al enemigo.
Guiaste con tu amor al pueblo que rescataste,
Hasta tu morada. **R.**

¿Quién como tú, Señor, entre los grandes?
¿Quién como tú, sublime en santidad,
grandioso en prodigios, autor de maravillas?
Tú eres el Salvador! **R.**

Después de un momento de silencio, otro de los presentes lee:

Del libro del profeta Ezequiel
36, 16-28

En aquel tiempo, me fue dirigida la palabra del Señor en estos términos: “Hijo de hombre, cuando los de la casa de Israel habitaban en su tierra, la mancharon con su conducta y. con sus obras; como inmundicia fue su proceder ante mis ojos. Entonces descargué mi furor contra ellos, por la sangre que habían derramado en el país y por haberlo profanado con sus idolatrías. Los dispersé entre las naciones y anduvieron errantes por todas las tierras. Los juzgué según su conducta, según sus acciones los sentencié. Y en las naciones a las que fueron, desacreditaron mi santo nombre, haciendo que de ellos se dijera: ‘Este es el pueblo del Señor, y ha tenido que salir de su tierra’.

Pero, por mi santo nombre, que la casa de Israel profanó entre las naciones a donde llegó, me he compadecido. Por eso, dile a la casa de Israel: ‘Esto dice el Señor: no lo hago por ustedes, casa de Israel. Yo mismo mostraré la santidad de mi nombre excelso, que ustedes profanaron entre las naciones. Entonces ellas reconocerán que yo soy el Señor, cuando, por medio de ustedes les haga ver mi santidad.

Los sacaré a ustedes de entre las naciones, los reuniré de todos los países y los llevaré a su tierra. Los rociaré con agua pura y quedarán purificados; los purificaré de todas sus inmundicias e idolatrías.

Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuev; arrancaré de ustedes el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Les infundiré mi espíritu y los haré vivir según mis preceptos y guardar y cumplir mis mandamientos. Habitarán en la tierra que di a sus padres; ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios' ”.

Palabra de Dios.

Todos: Te alabamos, Señor.

El mismo lector u otro solista canta o recita el Salmo:

De los Salmos 41 y 42

R. Estoy sediento del Dios que da la vida.

Como el venado busca
el agua de los ríos,
así, cansada, mi alma
te busca a ti, Dios mío.

Del Dios que da la vida
está mi ser sediento.
¿Cuándo será posible
Ver de nuevo su templo?

Recuerdo cuando íbamos
a casa del Señor,
cantando, jubilosos,
alabanzas a Dios.

Envíame, Señor, tu luz y tu verdad;
que ellas se conviertan en mi guía
y hasta tu monte santo me conduzcan,
allí donde tú habitas.

Al altar del Señor me acercaré,
al Dios que es mi alegría,
y a mi Dios, el Señor, le daré gracias
al compás de la cítara.

Después de un momento de silencio, otro de los presentes lee:

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos

6, 3-11

Hermanos: Todos los que hemos sido incorporados a Cristo Jesús por medio del bautismo, hemos sido incorporados a su muerte. En efecto, por el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva.

Porque, si hemos estado íntimamente unidos a él por una muerte semejante a la suya, también lo estaremos en su resurrección. Sabemos que nuestro viejo yo fue crucificado con Cristo, para que el cuerpo del pecado quedara destruido, a fin de que ya no sirvamos al pecado, pues el que ha muerto queda libre del pecado.

Por lo tanto, si hemos muerto con Cristo, estamos seguros de que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado e entre los muertos, ya nunca morirá. La muerte ya no tiene dominio sobre él, porque al morir, murió al pecado de una vez para siempre; y al resucitar, vive ahora para Dios. Lo mismo ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Palabra de Dios.

Todos: Te alabamos, Señor.

Todos se ponen de pie.

El mismo lector u otro solista canta o recita el Salmo:

Del Salmo 117

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

Te damos gracias, Señor, porque eres bueno,
porque tu misericordia es eterna.

Diga la casa de Israel:

“Su misericordia es eterna”. **R.**

La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es nuestro orgullo.
No moriré, continuaré viviendo,
para contar lo que el Señor ha hecho. **R.**

La piedra que desecharon los constructores
es ahora la piedra angular.
Esto es obra de la mano del Señor,
es un milagro patente. **R.**

Entonces, el que guía la oración lee:

Del santo Evangelio según san Mateo
28, 1-10

Transcurrido el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran temblor, porque el ángel del Señor bajó del cielo y acercándose al sepulcro, hizo rodar la piedra que lo tapaba y se

sentó encima de ella. Su rostro brillaba como el relámpago y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. El ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: "No teman. Ya sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado, como lo había dicho. Vengan a ver el lugar donde lo habían puesto. Y ahora, vayan de prisa a decir a sus discípulos: 'Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de ustedes a Galilea; allá lo verán'. Eso es todo"

Ellas se alejaron a toda prisa del sepulcro, y llenas de temor y de gran alegría, corrieron a dar la noticia a los discípulos. Pero de repente Jesús le salió al encuentro y las saludó. Ellas se le acercaron, le abrazaron los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesús: "No tengan miedo. Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allá me verán".

Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti, Señor Jesús.

Luego el que guía invita a los presentes a guardar un momento de silencio para interiorizar el Evangelio escuchado.

Nuevamente, se colocan entorno al cirio pascual, y, si los presentes las tienen, con sus velas encendidas.

El que guía, exhorta a los presentes, diciendo:

Guía: Queridos hermanos, por medio del Bautismo, hemos sido hechos partícipes del Misterio pascual de Cristo; es decir, por medio del Bautismo, hemos sido sepultados junto con él en su muerte para resucitar junto con él a la vida nueva y eterna. Así, celebrar la Pascua del Señor es celebrar nuestra propia Pascua. Por eso, después de haber prepararnos durante la Cuaresma para celebrar la Pascua, es muy conveniente que renovemos las promesas de nuestro bautismo, con las cuales un día renunciamos a Satanás y a sus obras y nos comprometimos a servir a Dios, en la santa Iglesia católica.

Renovemos, pues, nuestras promesas bautismales, diciendo juntos:

Renuncio a satanás, a todas sus obras y a todos sus seducciones.

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padece bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.

Amén.

El que guía concluye, diciendo:

Guía: Pidamos a Dios todopoderoso,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos liberó del pecado

y nos ha hecho renacer por el agua y el Espíritu Santo,
que nos conserve con su gracia
unidos a Jesucristo nuestro Señor, hasta la vida eterna.

Todos: Amén.

Luego, el que guía, invita a orar, diciendo:

Guía: Habiendo renovado nuestras promesas bautismales, queriendo participar plenamente renovados en la vida nueva que Cristo nos ha dado, oremos al Señor, llenos de confianza, diciendo:

R. Señor, tú eres nuestro Dios y salvador.

1. Porque hemos muerto al pecado contigo y por eso hemos renunciado a seguir viviendo bajo su influencia. **R.**
2. Porque hemos resucitado contigo a la vida nueva y por eso prometemos vivir como hijos de Dios. **R.**
3. Porque nos has hecho Templo vivo del Espíritu para que seamos tus adoradores en espíritu y en verdad. **R.**
4. Porque nos has ungido sacerdotes como tú para que ofrezcamos cada día nuestras propias vidas como sacrificio agradable al Padre. **R.**
5. Porque nos has ungido profetas para que nuestras obras hablen de ti y den gloria al Padre que está en los cielos. **R.**
6. Porque nos has unido reyes para que sirviéndote a ti en nuestro próximo demos fruto para la vida eterna. **R.**
7. Porque nos has revestido de tu misma vida para que la conservemos sin mancha hasta la vida eterna. **R.**
8. Porque nos has dado la luz de la vida para que tu luz brille entre los hombres. **R.**
9. En estos momentos de emergencia. **R.**

A continuación, el que guía invita a que todos oren con la Oración del Señor, diciendo:

Guía: Ahora, juntos, como hijos de Dios que somos, oremos al Padre como el mismo Hijo de Dios nos ha enseñado:

Y todos juntos dicen:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

Comunión espiritual

A continuación, el que guía puede invitar a hacer la comunión espiritual, con estas palabras:

Guía: Es importante recordar que la “la más perfecta participación en la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la misa” y que, por lo tanto, la Comunión espiritual que “es una práctica de devoción eucarística y que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior”, a diferencia de la comunión sacramental, ésta viene a ser un acto de deseo, que requiere nuestra disposición interna que debe contribuir eficazmente en nosotros para aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo, digamos juntos:

Creo, Jesús mío,
que estás verdaderamente
en el Santísimo Sacramento del altar;
te amo sobre todas las cosas
y deseo recibirte en mi interior.
Pero ya que ahora no puedo hacerlo sacramentalmente,
ven al menos espiritualmente a mi corazón.
Y como si ya hubiera comulgado,
te abrazo y me uno todo a ti.
Señor, no permitas que me separe de ti.

O bien, esta otra:

Jesús, ya te extraño;
aunque deseo comulgar en este momento,
tengo que esperar
hasta que pueda participar en la Eucaristía,
por eso te pido que vengas ahora
espiritualmente a mi corazón.

Y todos guardan un momento de silencio.

El que guía, continúa, diciendo:

Guía: Tu Espíritu, Señor,
por el cual nos has renovado en el Bautismo,
avive en nosotros el deseo
de poder pronto participar nuevamente
de tus sacramentos pascuales
y vivir siempre unidos en tu amor.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

Finalmente, el que guía, invoca la bendición de Dios para los allí presentes, diciendo:

Guía: Tu bendición, Señor,
nos guarde siempre del pecado,
para que, habiendo sido renovados por ti
y habiendo renacido a la vida eterna,
tu gracia nos permita llegar
a la alegría de la Pascua eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos trazan el signo de la cruz mientras el guía continúa diciendo:

Guía: Demos gracias al Señor, porque es bueno. Aleluya, aleluya.

Todos: Porque es eterna su misericordia. Aleluya, aleluya.

ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

Oh María, tú resplandeces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.

Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos,
que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación de todos los pueblos,
sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros de que proveerás,
para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría
y la fiesta después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y a hacer lo que nos dirá Jesús,
quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y ha cargado nuestros dolores para conducirnos,
a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.

Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios.
No desprecies nuestras súplicas que estamos en la prueba
y líbranos de todo peligro,
oh Virgen gloriosa y bendita.